redimirla : empero que todo era de poca ó ninguna consideracion y ratería, de la que no se debiera hacer caso, tanto por su poca sustancia, cuanto por mi mucha calidad y á causa de mi linaje. Con estas buenas palabras y su mejor favor, me puso dentro de dos horas á la puerta de la cárcel. A Dios pluguiera que no hubiera sucedido ni en aquellas otras tres, hasta que fuera muy bien de noche, mas pues así sucedió, sea su bendito nombre loado para siempre. El pecado del portero, que siempre me perseguia en los umbrales de las casas, no se olvidó entonces en los de la cárcel; pues antes que me dejase sacar el pié á la calle, á la misma salida dí de ojos con el maestre Data, que andaba solicitando la soltura de un preso. Así que me vió y conoció, dióme tal rempujon á dentro que me hizo caer de espaldas en el suelo, y cargándose sobre mí, dijo al portero que echase el golpe; hízolo, y quedéme dentro : volviéronme á encerrar, púsome acusacion, apretándome de manera, que ni ruegos ni el interés de la saya fueron parte para que se bajase de la querella. Era hombre que podia, hiciéronse todas las posibles diligencias, ni me valió informacion de hidalguía, ni mi poca edad, para que á buen librar, y como si me lo dieran de limosna, por via de transacion y concierto, y con todo el favor del mundo, me dieron una pesadumbre, y tal, que no se me caerá para siempre. Por camisas fué, y sin ella me sacaron de medio cuerpo arriba, echándome desterrado de allí para siempre : con lo cual se quedó el majadero sin la saya. Ved á lo que llega un hombre necio abatanado, que quiso mas hacerme mal, que cobrar su hacienda. A mí me fué forzoso dejar la tierra y compañía, recogí la pobreza que habia juntado, y salí de allí vagando por toda Italia, hasta llegar á Bolonia, donde me recibió en su servicio Alejandro; el cual tiene por trato salir á corredurías fuera de su tierra, y en haciendo la cabalgada, se vuelve á sagrado con ella. Cuando nos hallamos en Roma en el fracaso de vuesa merced, solo era nuestro fin aguardar que se levantase alguna pelaza, de donde con seguridad pudiéramos alzar algun par de capas ó sombreros, mas como no hubo tiempo, trazamos luego el hacer el hurto, haciéndome cabeza de lobo, como siempre tenian costumbre, para sacar ellos en todo mal suceder las manos limpias. Esto me venia diciendo cuando llegamos al fin de la jornada; quedóse así la plática, entrándonos en la hostería, donde se nos dió lo necesario para pasar luego el camino adelante.

CAPÍTULO V.

Sayavedra halla en Milan á un amigo suyo en servicio de un mercader; Guzman de Alfarache les da traza para hacerle un famoso hurto.

Atento, entretenido y admirado me trajo Sayavedra esta jornada; y tanto, que para las demás que faltaban hasta Milan, siempre hubo de qué hablar, y sobre qué replicar, porque me hizo grande contradicion, y dificultoso de creer que hombres nobles, hijos de padres tales, permitan dejarse llevar tan arrastrados de sus pasiones, que olvidado el respeto debido á su nobleza, con trato de caridad y buena policía, sin precisa necesidad hagan bajezas, quitando á otros la hacienda y honra, que todo lo quita quien la hacienda quita, pues no es uno estimado en mas de lo que tiene. Decia yo entre mí : Si á este Sayavedra (como dice) le dejó tan rico su padre, ¿cómo ha dado en ser ladron, y huelga mas de andar afrentado, que vivir temido y respetado? Si se cometen los males, hácese por la sombra que muestran de bienes; empero en el padecer no hay esperanza de ellos. Luego revolvia sobre mí en su disculpa, diciendo : Saldríase huyendo muchacho como yo; representáronseme con su relacion mis propios pasos, mas volvia diciendo : Ya que todo eso así es, ¿porqué no volvió la hoja cuando tuvo uso de razon, y llegó á ser hombre haciéndose soldado? Tambien me respondia en su favor : ¿Y porqué no lo soy yo? Veo la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el mio. Donosa está la milicia para que se aficionen á ella, buena paga les dan, bien lo pasan para que olvide un hombre su regalo, y aventure su vida en ella. Ya todo es mohatra, mucho servir, madrugar y trasnochar, el arcabuz á cuestas, haciendo centinela todo el cuarto en pié, y si es perdida en dos, y sin bullirlos de donde una vez los asentaren, lloviendo, tronando y venteando, y cuando á la posada volveis, ni halleis luz con que os acostar, lumbre con que poderos enjugar, pan que comer, ni vino que beber, y siempre andais muertos de hambre, sucios y rotos. No le culpo; empero á su hermano mayor, el señor Juan Martí, ó Mateo Lujan, como mas quisiere que sea su buena gracia, que ya tenia edad cuando su padre le faltó para saber mal y bien, y quedó con buena casa y puesto, rico y honrado, ¿qué diablo de tentacion le vino en dejar su negocio, y empacharse con tal facilidad en lo que no era suyo, queriendo quitar capas? ¡Cuánto mejor le fuera ocupar su persona

en otros entretenimientos! Era buen gramático, estudiara leyes, que mas á cuanto y fácil fuera hacerse letrado. ¿Piensan por ventura que no hay mas que decir, ladron quiero ser, y salirse con ello? Pues á fe que cuesta mucho trabajo, y corre peligro. Además que no sé yo si en los derechos hay mas consejos, ó tantos cuantos ha menester un buen ladron. Pues ya, si hay dos, ó se juntan en un lugar, y á la porfía, y quiere alguno correr tras el otro que se ha llevado tras de sí la voz y fama de todo el cacoquismo y germanía, á fe mia que le importa, y no poco, apretar los puños mucho. Que con parecerme á mí (como era verdad), que con cuanto me habia contado Sayavedra, era desventurada sardina, y yo en su respecto ballena, con dificultad y apenas osara entrar en exámen de licenciado, ni pretender la borla. ¿Y él y su hermano pensaba ya que con solo hurtar á secas, mal sazonado, sin sabor ni gusto podrian leer la cátedra de prima? Pensaron que no habia mas que hacer que lo que dijo un labrador, alcalde ordinario en la villa de Almonací de Zurita, en el reino de Toledo, habiendo hecho un pilar de agua donde llegase á beber el ganado, que despues de acabado soltaron la cañería en presencia de todo el concejo, y como unos dicen, alto está, y otros no está, se llegó el alcalde á beber, y en apartándose, dijo: *Pardios, no hay mas que hablar, que pues yo alcanzo, no habrá bestia que no alcance.* Como debieron de ver algunos ladroncillos de pan de poya, se les haria fácil, y dirian que tambien alcanzarian como los otros. Pues yo doy mi palabra que á tal pensamiento se les pudiera decir lo que otro labrador, tambien cerca de allí, en la Mancha, dijo á otros que porfiaban sobre la cria de una yegua; el uno de ellos decia: Jumento es, y el otro que no, sino muleto; y llegándose á mirarle el tercero, cuando hubo bien rodeado, y mirado el hocico y orejas, dijo: *Pardios que no hay que disputar, tan asno es como mi padre.* Quien se preciare de ladron, procure serlo con honra, no bajamanero, hurtando de la tienda una cebolla, y trompos á los muchachos, que no sirve mas que para dar de comer á otros ladrones, haciéndose sus esclavos de jornal, y si no les pecha, le ponen luego en percha. No hay hacienda ni espaldas que lo sufren, diz que por tan poco ha de arrestarse tanto. Por una saya, por dos camisas, *quien camisas hurta jubon espera,* haga lo que decia Chapin Vitelo, aquel valerosísimo capitan: *El mercader que su trato no entienda, cierre la tienda.* Pero dejemos agora estos ladrones aparte, y vuelvo á mí, que con poderme oponer á la magistral ya lo tenia olvidado, y no se apartaba entonces el miedo de á par de mí. Todo quiere curso, habia mil años que ni tomaba lanceta, ni hacia sangria, tenia ya torpe la mano, no atinaba con la vena. No hay tal maestro como el ejercicio, el cual si falta, el mismo entendimiento se hinche de moho y cria toba. Cuando en Milan entramos, anduvimos de vacaciones aquellos tres ó cuatro dias, que no me atreví á jugar por no hacerlo con gente de milicia, que juegan siempre con mucha malicia. Todos ó los mas procuran valerse de sus ventajas, yo no podia usar de las mias, ni me las habian de consentir, y yo por fuerza se las habia de consentir, aventuraba con ellos á ganar poco y á perder mucho. No quise mas que dar una vuelta por la tierra, viendo su trato y grandeza, y luego pasar adelante. Con esta determinacion me andaba paseando todo el dia de tienda en tienda, viendo tantas curiosidades que ponia grande admiracion verlas, y los gruesos tratos que habia en ellas aun de cosas menudas y de poco precio. Estando un dia en medio de la plaza, se llegó á Sayavedra un mozo bien tratado y de buena gracia, en sus acentos y talle fino Español, mas como los tenia por las espaldas, no pude ver ni entender por entonces mas de que se hicieron un poco á lo largo de mí, donde á solas por grande rato hablaron, lo que no me dejó de poner cuidado pensando qué pudieran estar tratando con tanto secreto, no habiéndose visto (á mi parecer) ni tratado de antes. Mas por no romper la plática hasta ver en lo que paraba, estuve quedo y advertido, y si de allí escapasen acudir yo con tiempo á la posada, y llegar primero antes que me mudasen. Siempre los tuve al ojo, sin hacer alguna mudanza en cuanto no la hiciesen ellos. Porque consideraba que si le llamaba, y despues le queria preguntar por lo que trataban, habria tenido Sayavedra ocasion para componer lo que quisiere, diciendo que por haberle llamado no acabaron la plática en que estaban. Así, por mejor satisfacerme, tuve por bueno tardarme allí algo mas, dejándoles el campo franco, pues no hacia mi dilacion en otra parte falta. Ya cuando fué hora de comer, el mozo se despidió para irse, y yo quise hacer lo mismo, que aun todavía estaba en pié mi sospecha. Como Sayavedra no me habló palabra, ni yo á él, siempre traje conmigo aquel recelo, y no con poco cuidado de alguna gatada, que la sospecha es terrible gusano del corazon, y no suele ser viciosa cuando carga sobre un vicioso, pues conforme á las costumbres de cada uno se pueden recelar de él. Mas como el deseo de las cosas hace romper por las dificultades de ellas, aunque quisiera callar no me pude sufrir sin preguntarle quién aquel mozo fuese, y de qué habia salido el triunfo para plática tan larga. Cuando acabamos de comer, y quedamos á solas, díjele: Aquel mancebo de esta mañana me parece haberle visto en Roma; ¿por ventura llámase Mendoza? No, sino Aguilera, me respondió Sayavedra, y muy águila para cualquiera ocasion; es un muy buen compañero, tambien cofrade, y una de las buenas disciplinas de toda la compañía, y ninguna mejor llaga que la suya. Es de muy gentil entendimiento, gran escribano y contador. Muchos años ha que nos conocemos, hemos peregrinado y padecido juntos en muchos y muy particulares trabajos y peligros, y agora me queria meter en uno que nos pudiera ser de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

grandísima importancia, ó por nuestra desventura dar con el navío al través, que á todo daño se pone quien trata de navegar, pues no está entre la muerte y vida mas del canto de un traidor cañuto. Dábame cuenta como llegó á esta ciudad con ánimo de buscar la vida como mejor pudiera, mas que para no engolfarse sin sondar primero el agua, habia buscado un entretenimiento que le hiciese la costa sin sospecha, para que á dos dias no le prendiensen por vagabundo, y que asentó con un mercader de aquesta ciudad, que le recibió en su servicio por su buena pluma, y ha mas de un año que le sirve con tota fidelidad, esperando darle una coz á su salvo, como lo hacen las mulas al cabo de siete. Decíame que asentásemos compañía para hacer una empanada en que tuviésemos que comer para salir de laceria, mas no me pareció cosa conveniente; lo principal, por hallarme tan acomodado á mi gusto, y además de esto para mudar estado es necesaria mucha consideracion. Con poco no podíamos contentarnos, y con mucho era imposible salir bien, por la mala comodidad que teníamos. Aquí no habia donde poder estar secretos cuatro dias, ni huyendo caminar seguros sin que á cuatro pasos no nos volviesen presos, y nos dejasen los pescuezos de mas de la marca, sin quedar las personas de provecho. Estuvimos dando y tomando trazas, empero ninguna de provecho ni á propósito. Que cuando los fines no se pueden conseguir, son los medios impertinentes, y los principios temerarios. Así se apartó de mí, por no hacer á su amo falta, ya que nuestra plática no podia ser de provecho. Ni esto que me dijo me dejó seguro, ni dejé de darle crédito, por parecerme cosa que pudo ser. Pedí la capa, y salímonos de casa con determinacion de dar una vuelta por el campo, y aunque lo mas de la tarde tratamos de otras cosas, nunca se me apartó de la imaginacion mi tema; en ella iba y venia, pensando entre mí, aun si querria aqueste asegurarme, y darme un cabe que pasase la raya. ¿De quién me podria quejar sino de mi necedad? porque una bien se puede disimular, pero á dos, echarle á quien la espera una gentil albarda. ¿Qué seguridad puedo yo tener de este? pues *nunca buena viga se hizo de buen cohombro : el que malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá,* y *será esta la fina, darle al maestro cuchillada sobre buena reparada.* Mas *aunque siempre tuve los ojos en la puerta, nunca me faltaron las manos de la rueca :* hecho estaba un Argos en mi negocio, y otro Ulises para el suyo, trazando cómo (si me hubiese dicho verdad) poder ayudarlos á lo seguro de todos, en caso que fuese negocio de consideracion para salir de laceria, que meter coste en lo que ha de ser de poco provecho es locura. Los empleos han de hacerse conforme á las ganancias : ponerse un hombre á querer alambicar su entendimiento muchas noches en lo que apenas tendrá para cenar una, no conviene. Mas porque por ventura pudiera ser viaje de provecho, y echar algun

buen lance, cuando á cenar volvimos á casa, y vi suspenso á Sayavedra, le dije : Paréceme que te arrobas por lo que no robas; inquieto te trae mucho el dinero del mercader; ¿es por ventura lo que pensabas alguna traza de las de Arquímedes? Pues á fe que conozco yo un amigo que no hiciera mal tercio en el negocio, si fuese gordal y de sustancia. ¿Cómo gordal y de sustancia? (respondió Sayavedra) de mas de veinte mil ducados; paño hay para cortar y trazar á nuestra voluntad como quisiéremos. Yo le dije : Como no se corte de manera que de él nos hagan sotanas, bien me parece; mas pues tan pensado lo tienes (que no es posible no habérsete asentado alguna invencion), ¿qué resulta de todo que algo valga? Pardios, nada, me respondió Sayavedra, no acierto con la esquina, tanto ha que huelgo, que ya con el ocio ha criado el entendimiento sangre nueva, y está lleno de sarna. Mil veces comienzo con el trote, y á dos galopes me canso, todo lo hallo malo. Entonces le volví á decir, pues tan importante negocio es como dices, ¿qué parte me quereis dar porque os quite los cuidados, y salgais con vuestra victoria? Él me dijo : Señor, la mia y mi persona somos de vuesa merced, con Aguilera se ha de tratar por lo que le toca, y hecho el concierto con él, acabado es el cuento; con todos está hecho. Pues díjele : Vete á buscarle, y procura verte con él sin que de su casa te vean, y dile que nos veamos cuando tuviere lugar, que poco se perderá en que me conozca, si ya le conozco. Hízolo así, envíólo á llamar con un papel secretamente, y cuando nos juntamos le pregunté por menudo las calidades, costumbres y trato de su amo, qué hacienda tenia, en qué, dónde y en qué monedas, y debajo de qué llaves. Comenzóme á hacer su relacion en esta manera : Señor, ya Sayavedra tiene dada relacion de mí á vuesa merced, y sabrá que soy calafate zurdo, un pobreto como todos, y aunque conozco que con menos ingenio hay millares muy ricos en el mundo, tambien he visto con estos á otros mas hábiles ahorcados, no siendo yo el que menos lo ha merecido, de lo que doy á Dios infinitas gracias. Puede haber poco mas de un año (que es el tiempo que ha que resido en esta ciudad) que sirvo á un mercader de harto trabajo, y de cuatro meses á esta parte soy su cajero; tengo los libros en mi poder, empero los dineros están en el suyo : amo y temo, no acabo de resolverme cómo hacerle un salto que no me deje despues en el aire, que para poco y malo, menor mal es pasar adelante con mi buen trato; y si fuese mucho querríalo gozar mucho. Helo comunicado con Sayavedra, porque para estos casos no hay hombre que pueda solo, para que por allá (entre personas de quien se pueda fiar, pues tiene tantos amigos) lo trate con alguno de ellos, que como son varios los entendimientos, cada cual discurre como mejor sabe, y algunas veces acontece dormitar Homero, y salir las trazas buenas. Y cuando anoche recibí su papel enviándome á llamar,

sospeché que no seria en balde, que ha mucho que le conozco, y nunca se suele armar sino á cosa señalada. Creo, si acaso le hallamos vado, que hemos de hacer un gentil negocio, de que nos ha de resultar mucho bien. Lo que de su hacienda con verdad puedo afirmar, como quien tan bien lo sabe por haberlo visto, es que valen las mercaderías que hoy tiene de las puertas adentro de su casa, para dar á solo mohatras, mas de veinte mil ducados, y de esto me da las llaves muchas veces por la confianza grande que de mí tiene; además, que bien sabe que no me tengo yo de cargar las balas á cuestas para llevárselas con lo que tienen. Lo que hay encerrado dentro en dos cofres de hierro, en todo género de moneda, pasa de quince mil ducados, y en el escritorio de la tienda encerró habrá doce dias un hermoso gato pardo rodado, tan manso y humilde como yo, no con ojos encendidos, no rasgadoras uñas ni dientes agudos, antes embutido con tres mil escudos de oro, en rubios doblones de peso de á dos y de á cuatro, sin que intervenga ni solo un sencillo en ellos, los cuales apartó y puso allí para dar á logro á cierto mercader que se los pide por seis meses, y no se los quiere dar por mas de cuatro con el cuarto de ganancia, de que le ha de hacer además la obligacion por contado. Es hombre del mas mal nombre que tiene toda la ciudad, y el peor quisto de toda ella. No hay quien bien lo quiera, ni á quien mal no haga, no trata verdad, ni tiene amigo, trae la república revuelta, y engañados cuantos con él negocian. Tengo por cierto que de cualquier daño que viniese, sin duda seria en haz y en paz de todo el pueblo, ninguno habria que no holgase de ello. Con esto juntamente me dijo cómo se llamaba, dónde vivia, el escritorio á qué mano estaba, y el gato en qué gaveta; hízome tan buena relacion, que á cierra ojos pusiera las manos encima de él. Preguntéle si habria dificultad en hacer una impresion de llaves, díjome que muy fácilmente, porque las tenia todas en una cadenilla con las de los almacenes de mercaderías y cofres de hierro, las cuales de ordinario le daba para sacar lo que pedia; empero que como era tan avariento y miserable, lo hacia de modo que no las perdia del ojo. Holguéme de saber que habia facilidad en lo mas dificultoso, y díjele: Pues lo primero que habemos de poner en tabla para nuestro negocio ha de ser eso, traerme los moldes en cera para que yo las vea y me prevenga de otras, mandándolas luego hacer. Tambien será necesario estar de acuerdo en lo que se ha de hurtar por lo presente, y sea de modo que no asombre siendo en demasía, ni tan poco que deje de sernos de provecho, y lo que de ello ha de haber cada uno de nosotros. En cuanto al hurto, nos resolvimos en que fuesen los tres mil escudos del gato, y en lo demás anduvimos á tanto mas tanto, como si fueran ovejas las que se vendian, hasta que dije: De aqueste dinero, si se hubiese de hurtar lisamente, á todo riesgo de horca y cuchillo, natural cosa

es que cual el peligro, tal habia de ser la ganancia, y cabíamos en un tercio por personas, siendo tres los compañeros. Mas pues habemos de jugar á lo seguro, y pasar el vado á pié enjuto sin que de ello por algun modo se me pueda poner culpa ni cargar pena, quedando cada uno con su buena reputacion de vida y fama, entero el crédito y sana la nuez, bien mereciera cualquier buen arquitecto su parte legítima por solo delinearlo, sin otro algun trabajo, y esa quiero llevar yo, conforme á lo cual me pertenece liso un tercio, libre y descargado de todo jarrete, y en los otros dos tercios del remanente habemos de entrar á la parte, cada uno igual del otro con la suya, quedando en ella todos tres parejos. En esto se dió y tomó, mas como mi voto eran dos con el de mi criado, y de lo que se trataba no era particion de legítima de padres, quedamos en ello de acuerdo. Trájoseme la cera, y en estando las llaves hechas, y dada la muestra de ellas por Aguilera, que ya corrian en el oficio para que al tiempo de la necesidad no nos hiciesen caer en falta, le dije una noche que por la mañana queria verme con su amo, que tuviese ojo alerta en lo que allí se hablase, para lo que adelante sucediese, y que nos viésemos cada noche. Dijo que sí haria, y con esto se fué. Otro dia por la mañana fuí á la tienda del mercader, y en presencia de Aguilera su criado, despues de habernos hablado de cumplimientos, y saludádonos, le dije: Señor mio, soy un caballero que vine á esta ciudad ha pocos dias; vengo á hacer cierto empleo para unas donas, porque trato en mi tierra de casarme, para lo cual traigo poco mas de tres mil escudos que tengo en mi posada; no conozco la gente ni el proceder que aquí tiene cada uno, el dinero es peligroso, y suele causar muchos daños, en especial no teniéndolo el hombre con la seguridad que desea; no sé quien es cada cual, estoy en una posada, entran y salen ciento, y aunque me dieron la llave de la pieza, ó puede haber dos, ó acontecerme alguna pesadumbre. Hanme informado de quién vuesa merced es, de su mucha verdad y buen término, y véngole á suplicar se sirva tenga por bien guardármelos por algunos dias, en cuanto hallo y compro lo que voy buscando, que cuando se ofrezca en que servir á vuesa merced, la que me hará en esto, soy caballero que la sabré reconocer. El mercader ya creyó que los tenia en el puño; y aun agora sospecho que no fueron sus pensamientos otros que los mios, el de quedarse con ellos, y yo de robárselos. Ofrecióme su persona y casa, que podia tenerlo todo á mi servicio: díjome que los mandase traer muy en hora buena, que allí los guardaria, y me los daria cada y cuando, segun y de la manera que se los pidiese. Despedímonos con esto, él dispuesto á guardarlos, y yo con palabra dada de que luego se le traerian, mas nunca mas allá volví hasta que fué tiempo. Cuando á casa volvimos yo y Sayavedra, él estaba como tonto, preguntándome que de dónde le habíamos de dar á guar-

dar aquel dinero y yo riéndome le dije : ¿Luego ya no se lo llevaste? Rióse de lo que le dije, y volvíle á decir, ¿de qué te ries? Yo sé que allí lo tiene ya, y muy bien guardado : dile á tu amigo Aguilera, que de hoy en ocho dias nos veamos, y se traiga consigo el borrador de su amo que le suele servir de libro de memorias. En este intermedio de tiempo que aguardábamos el nuestro, desnudándome Sayavedra una noche, despues de metido en la cama, y no con mucha gana de dormir, que aun me desvelaban viejos cuidados, díjele : Has de saber, Sayavedra, que habiendo adolecido el asno, hallándose muy enfermo, cercano á la muerte, á instancia de sus deudos é hijos, que como tenia tantos, y cada cual quisiera quedar mejorado, los legítimos y naturales andaban á las puñadas. Mas el honrado padre, deseando dejarlos en paz, y que cada uno reconociese su parte, acordó de hacer su testamento, repartiendo las mandas en la manera siguiente :

« Mando que mi lengua, despues de yo fallecido, se dé á mis hijos los aduladores y maldicientes; á los airados y coléricos la cola; los ojos á los lascivos, y el seso á los alquimistas y judiciarios, hombres de arbitrios y maquinadores. Mi corazon se dé á los avarientos; las orejas á revoltosos y cizañeros; el hocico á los epicúreos, comedores y bebedores; los huesos á los perezosos; los lomos á los soberbios, y el espinazo á los porfiados. Dense mis piés á los procuradores; á los jueces las manos, y el testuz á los escribanos. La carne se dé á pobres, y el pellejo se reparta entre mis hijos naturales. »

No queria que diciéndonos este que robásemos á su amo, nos viniese á robar á nosotros, y nos dejase tan desnudos que nos obligase á cubrir con el pellejo de nuestro testador. Y seria mucha su cordura si nos burlase. Dígolo, porque para la prosecucion de nuestro intento, y poder salir bien de él, es necesario que de aquellos doblones de á diez que allí tengo le diésemos unos pocos hasta diez que hagan ciento, y no son barro. No querria que tirándonos un tajo con ellos, y buen compas de piés, fuese retirándose poco á poco. A esto me respondió : Si todos quinientos y quinientos mil pusiésemos en su poder, no faltara un carlin de todos ellos en mil años, por ser costumbre nuestra guardarnos el rostro con fidelidad grandísima, y quede á mi cargo el riesgo, para que corra todo por mi cuenta.

CAPÍTULO VI.

Sale bien con el hurto Guzman de Alfarache, dale á Aguilera lo que le toca, y váse á Génova con su criado Sayavedra.

La esperanza, como efectivamente no dice posesion alguna, siempre trae los ánimos inquietos y atribulados con temor de alcanzar lo que se desea. Sola ella es el consuelo de los afligidos, y puerto donde se ferran; porque resulta de ella una sombra de seguridad, con que se favorecen los trabajos de tardanza. Y como con la segura y cierta se dilatan los corazones, teniendo firmeza en lo por venir, así no hay pena que mas atormente que si se ve perdida, y muy poquito menos cuando se tarda. ¡Cuántos y cuán varios pensamientos debieron de tener mis dos encomendados en este breve tiempo! que como ni les dí mas luz, y los dejé con la miel en la boca, debieron de vacilar, y dar con la imaginacion mas trazas que tiene un mapa; unos por una parte, y otros por otra. Cuáles andarian, y con qué cuidado, deseando los fines prometidos, que no se les debieron hacer poco dudosos. Ya cuando vieron amanecer el sol del dia de ellos tan deseado, y de mí no menos, y Aguilera me trajo el libro borrador que le pedí, busqué una hoja de atrás, donde hubiese memorias de ocho dias antes, y en un blanco que hallé bien acomodado, puse lo siguiente: Dejóme á guardar don Juan Osorio tres mil escudos de oro en oro, los diez de á diez y los mas de á dos, y de á cuatro. Mas, me dejó dos mil reales en reales. Luego pasé unas rayas por cima de lo escrito, y á la márgen escribí de otra letra diferente : llevólos, llevólos. Con esto cerramos nuestro libro, y díselo. Mas, le dí diez doblones de á diez, y díjele : Que abriendo el escritorio sacase ciento del gato, y metiese aquellos en su lugar. Díle mas, dos bervetes, uno en que decia : estos tres mil escudos en oro son de don Juan Osorio; y el otro : aquí están dos mil reales de don Juan Osorio, su dueño. Advertíle que si dentro del gato hubiese algun otro bervete le sacase, y dejase solo el mio. Y el de los dos mil reales le metiese dentro de un talego, en que me dijo haber otros diez y siete mil, poco mas ó menos, que no sabia lo justo, porque cada dia se iban echando dineros en él; y que advirtiese que aqueste de la plata estaba en un arcon de junto al escritorio, y tenia por señas el talego una grande mancha de tinta junto á la boca. Con esto se fué Aguilera, llevando órden que aquella noche sin falta lo dejase